

Normal

Vanessa Evergreen

NORMAL



Vanessa
Evergreen

Capítulo 1

Soy una chica normal. Una chica corriente y moliente, nada más.

No destaco en nada, ni tampoco sobresalgo por tener un don extraordinario.

Tampoco llamo la atención, ni para bien ni para mal.

Si tengo que ir a algún sitio, nadie nota cuándo llego y nadie nota cuándo me voy.

Si alguien me mira, más tarde no recordará ningún rasgo de mi aspecto físico.

Si alguien habla conmigo, olvidará lo que le he dicho a los pocos minutos de que las palabras salgan de mi boca.

Sin embargo, ahora soy consciente de que eso ha cambiado.

De una forma brusca, poéticamente brutal, todo lo que he sido, todo lo que me ha definido hasta hace unos minutos, ya no existe. Se ha ido. Ha dicho adiós y no va a volver nunca más.

Mi cerebro, empapado por el vértigo, recuperándose del subidón de adrenalina, cubierto por la gasa cartilaginosa de una incipiente ansiedad, me obliga a dirigir mis ojos a mis manos mientras camino.

No miro hacia donde voy, pero sé, de alguna manera, que voy en la dirección correcta.

Muevo lentamente los dedos, que siento viscosos en sus pliegues por una sangre que no es mía.

Sé qué ha pasado, pero no sé cómo he hecho esto.

Sé cuáles son las consecuencias de mis actos, pero no sé cómo he podido conseguirlo.

Por eso necesito que me ayudes, necesito poder comprender.

AYÚDAME, POR FAVOR.

Capítulo 2

Físicamente, soy una chica del montón.

Mi melena, ni larga ni corta, se enrosca detrás de las orejas y en las raíces y cae lacia y sin gracia a la altura de los hombros.

Su color es producto de un popurrí de tintes castaños, rubios y morenos con los que he intentado durante casi toda mi vida tapar mi tono natural, un pelirrojo sucio y oscuro, que hace tanto tiempo que no veo que tengo que recurrir a las fotos para recordar cómo es.

Mi piel, de un tono blanco lechoso poco saludable, refleja el sol en verano y pasa desapercibida en invierno.

Los rasgos de mi cara tampoco son nada del otro mundo.

Mis ojos no son grandes ni pequeños, ni están demasiado separados, ni demasiado juntos.

Su color varía del marrón, si estoy de mal humor, al verde, si solo estoy harta de todo.

Cuando la tristeza y la desesperanza me rondan, mis iris tornan a un tono azul apagado, que me recuerda al color de las escamas de un pez no demasiado fresco.

Mi nariz, recta y sin personalidad, mi boca, de labios normales y pálidos, y mis orejas, pequeñas, rosadas y sin apenas lóbulo, funcionan bien si se observan en conjunto.

Sin embargo, si se miran por separado no cuadran, como si alguien las hubiese colocado ahí en plan collage, con prisas, sin mirar y sin preocuparse por si quedan bien donde están.

Por eso, mientras camino por la calle, no disfruto con la atención que recibo de las personas con las que me cruzo.

Advierto horrorizada que llamo demasiado la atención, que todos me miran con desmesurado interés.

Noto asqueada cómo admiran mi pelo, cómo envidian mi piel, cómo beben con ansiedad mis rasgos en un intento de grabarlos en su memoria.

Cosquillea en mis labios su deseo de que pronuncie palabras que resuenen

en sus vidas mucho tiempo después de haberlas escuchado.

Mis oídos captan los suspiros lanzados cuando camino por su lado sin mirarles, siento en mi pecho su desencanto por el amor no correspondido.

Mi persona, siempre tan prescindible y anodina, esa que me permitía observar la existencia de los demás desde el borde de sus vidas, analizando y juzgando el peso que tomaban sus decisiones en el conjunto de las horas que pasaban en este mundo, es ahora motivo de anhelos ajenos.

Las lágrimas acuden a mis ojos porque sé que no puedo hacer nada por evitarlo.

Porque ya es demasiado tarde para volver a ser esa mujer que, ante todo, no quería ser.

AYÚDAME, POR FAVOR.

Capítulo 3

Nunca he sobresalido en nada en toda mi vida.

Siempre he sido de estatura media y con una complexión normal.

No me cuido para nada y las rutinas de belleza forman parte de esa pérdida de tiempo ajena que no me he permitido nunca y que observo con el desdén de quien intuye que las arrugas del tiempo te atrapan antes o después.

El deporte no es lo mío, aunque hubo un tiempo que intenté practicar. Dos semanas me duró el interés, hasta que me di cuenta de que mi cuerpo no era apto para realizar un esfuerzo continuado ni seguir una disciplina deportiva.

En el colegio y en el instituto no era, ni de lejos, ni la más alta, ni la más fuerte, ni la más rápida, así que mi participación en juegos como el baloncesto, el voleibol, el tenis o el fútbol, estaba descartada prácticamente desde el principio.

Conceptos como coordinación y reflejos forman parte de una filosofía de la apenas he comprendido los principios.

Por eso, cuando he corrido detrás de ese tipo, alcanzándole sin esfuerzo.

Cuando le he empujado con tanta fuerza que le he tirado al suelo.

Cuando le he pateado hasta que ha quedado bocarriba.

Cuando me he agachado y le he cogido del pelo para levantarlo sin notar su peso.

Cuando he hundido mi mano derecha en su pecho, rompiendo sus costillas, mientras que mi mano izquierda tapaba el dolor de los gritos que escapaban de su boca.

Cuando he arrancado su vida sin pensar.

Ha sido entonces, cuando toda la torpeza, la ineptitud y el letargo que habitaban en mi cuerpo y en mi mente se han evaporado.

Ha sido en ese preciso momento cuando la adrenalina ha explotado, cuando el oxígeno ha llegado a todas mis células, cuando los impulsos eléctricos de mi cerebro han latido conjuntamente, a un ritmo poderoso, rápido y endiablado, cuando mi sangre ha regado cada centímetro de mi cuerpo, conectado, por fin, con todas sus posibilidades, con sus ilimitadas

facultades.

Ha sido el instante en el que he sentido la maravillosa y novedosa sensación de estar viva.

De ser, por fin, quien debo ser.

Pero, para que eso sucediera, ha tenido que morir alguien. Y aunque no me arrepiento de haber robado una vida humana tan rastrera e insignificante, necesito saber cómo y por qué ha pasado, necesito ayuda.

AYÚDAME, POR FAVOR.

Capítulo 4

Entro en mi apartamento intentando no tocar nada.

He llegado sin levantar la mirada de la acera, inquieta por la atención que recibo por parte de los desconocidos con los que me he cruzado en mi camino.

He doblado esquinas, he cruzado calles y he esquivado zonas muy iluminadas siguiendo un instinto nuevo que ha surgido dentro de mí, que me ha guiado sin vacilar desde un barrio en el que nunca he estado antes hasta mi casa.

Cierro la puerta de la entrada empujándola con la cadera lo más suavemente que puedo, evitando ruidos innecesarios que delaten mi presencia a vecinos insomnes e indiscretos.

Camino hasta el baño con los ojos clavados en el suelo, temerosa de enfrentarme con mi imagen reflejada en algún espejo, y sorteando cualquier contacto con las superficies de los muebles, un roce que pueda dejar una mancha de sangre.

Frente al lavabo miro de nuevo mis manos, volteándolas varias veces, fijándome en cómo la sangre se hunde en mis pliegues de flexión palmar y da relieve a las crestas papilares de mis dedos.

Siempre he pensado que sentiría asco si viera mis manos llenas de sangre, sobre todo si no es mía, pero me sorprende comprobar que no es así.

Ladeo la cabeza intentando reconocer alguna emoción desagradable cruzar mi pecho, pero no la encuentro.

Lo único que siento es curiosidad e impaciencia por lavarme lo antes posible.

Incluso el miedo, que ha cruzado conmigo la puerta hace unos momentos, ya no está.

Así que abro el grifo, cojo la pastilla de jabón de la jabonera beige (una de las tantas cosas que mi madre me regaló de ese color cuando me independicé) y empiezo a frotar con fuerza mi piel.

Tardo varios minutos en quedar limpia y cuando termino de secarme con la toalla, donde no puedo evitar que quede algún que otro pequeño surco oscuro de sangre, me sorprende al darme cuenta de que hay detalles en mis manos que no he visto nunca antes: rugosidades mínimas en las

articulaciones de los dedos, manchas ínfimas en la piel, estrías onduladas con minuciosos relieves en las uñas.

Ya no hay sangre que destaque los detalles de mi mano; son mis ojos, pienso asombrada, los que captan la tensión de los tendones bajo la piel del dorso y la ondulación de los huecos entre mis nudillos.

Concentro mi mirada en el lavabo y, pasmada, reparo en que puedo contar todas y cada una de las gotas de agua que han salpicado la cerámica.

De pronto soy consciente de todos los estímulos que hay a mi alrededor: el zumbido ensordecedor de la electricidad que recorre el plafón del techo, el tacto suave de las fibras de algodón de la toalla que aún sujeto con mis manos, el intenso olor del aceite de coco del jabón que descansa en su lugar correspondiente.

Bajo los párpados, algo mareada por toda la información que llega a mis sentidos, abrumada por su intensidad, por cómo se asienta en mi cerebro y configura una precisa imagen mental que me permite recrear cada rincón del baño, sin temor a equivocarme, aún con los ojos cerrados.

Levanto la cabeza despacio y me preparo para mirarme en el espejo.

No sé por qué, no sé cómo lo sé, pero intuyo que se han producido más cambios en mí.

Abro los ojos y busco mi reflejo.

Aturdida observo la imagen boquiabierta que me mira desde el otro lado.

Recorro atónita con la mirada cada una de las partes que conforman mi cara y comprendo, con perplejidad y al instante, por qué ya no me siento como antes.

La ingenua y cándida razón se despliega, sencilla, ante mí: ya no me siento como antes porque la mujer del espejo que me sostiene la mirada ya no soy yo.

Capítulo 5

Llevo más de 40 minutos en la ducha.

El agua caliente enrojece mi piel y mantiene viva una densa película de vaho en la mampara de baño que me impide ver mi ropa arrugada llena de sangre tirada en el suelo.

He perdido la cuenta de las veces que he repasado todo lo que me ha sucedido en las últimas horas mientras me restregaba con la esponja para eliminar cualquier rastro de lo que ha pasado.

Intento averiguar qué ha podido poner patas arriba toda mi existencia, pero no lo consigo.

Me golpeo en la cabeza con la palma de la mano varias veces con la esperanza de que tintinee el recuerdo que lo explique todo, convencida de que lo que necesito saber está ahí.

Así que vuelvo a empezar de nuevo, decidida a reconstruirlo todo una vez más.

El día ha comenzado como otro cualquiera, un viernes templado y soleado de últimos de septiembre.

Me he levantado a la misma hora de siempre y he desayunado lo mismo que hace lustros.

Me he duchado y me he vestido con la primera camisa y el primer pantalón que he encontrado en el armario y que combinaban entre sí lo mínimo y necesario para no destacar.

Lo de maquillarme no va conmigo, pero he hecho un esfuerzo y me he puesto un poco de brillo en los labios para ir a trabajar. Al fin y al cabo, qué demonios, es viernes.

Mientras bajaba las escaleras que conducen a la calle, he sacado mis auriculares y mi móvil y he elegido la música que me ha acompañado en el trayecto hasta la oficina.

Como cada vez que salgo de mi casa, y antes de abrir la pesada puerta de hierro del portal, he respirado hondo y despacio varias veces, intentando calmar mi mente, instándola a llenarse de paz y armonía. Hoy no ha funcionado.

No soporto el metro, odio bajar decenas de metros bajo la superficie para meterme en un sitio estrecho lleno de desconocidos, pero es la forma más

rápida de trasladarme hasta el trabajo, así que me he tragado como he podido la ansiedad, he hecho caso omiso del traqueteo nervioso y acelerado de mi corazón y me he metido sin ganas en el vagón correspondiente.

Como siempre, he mantenido la cabeza gacha durante todo el recorrido, concentrada en la música y en no mirar a nadie a los ojos.

Las primeras veces que monté en metro me abstraía de mi angustia mirando a las personas que me rodeaban e imaginaba sus vidas, que siempre eran más interesantes y felices que la mía.

Pero eso cambió el día en que una mujer de mediana edad se encaró conmigo porque estaba mirándola demasiado fijamente durante lo que ella consideró un tiempo excesivo.

Intenté explicarle que lo había hecho sin querer, que no era mi intención, que era la única manera que conocía para superar los ataques de pánico que me producían los lugares cerrados, pero no sirvió de nada.

Durante minutos tuve que soportar un monólogo que comenzó como un reproche a media voz por mi mala educación y terminó a gritos y con amenazas por su parte: exigía mis datos personales para interponer una denuncia contra mí por acoso sexual.

Me quedé paralizada. Era incapaz de hacer nada. Apenas podía defenderme: las palabras se atascaban en mi garganta y, cuando salían de mi boca, se convertían en raspones negros que caían al suelo y reptaban lejos de mí.

Y a pesar de que en el vagón había más gente, nadie hizo nada por defenderme ni por calmar los ánimos de aquella mujer que, se veía a la legua, no estaba bien de la cabeza.

Me bajé en la primera parada que pude, que ni siquiera era la que me correspondía, y me senté en un banco, mareada y totalmente perdida dentro de uno de los ataques de ansiedad más fuertes que recuerdo.

Desde entonces, no levanto la cabeza más de lo estrictamente necesario.

Ni dentro del metro, ni fuera de él.

Ya en la oficina, las horas han sido, como siempre, lentas y pesadas.

El trabajo ha sido, de nuevo, automático, repetitivo y anodino.

Ocupo un cargo sin importancia realizando treinta y seis horas a la semana una tarea que puede hacer cualquiera con un mínimo de

conocimientos en la misma compañía en la que hice las prácticas de la Universidad.

Nunca he sentido la necesidad de cambiar de puesto ni de empresa y ellos tampoco parecen sentirse muy molestos con mi presencia. Así que, aquí sigo, varios años después.

De lo que hago lo único que no me disgusta es que me pagan lo suficientemente bien para poder vivir sola, sin grandes lujos, pero sin tener que darle explicaciones a nadie de lo que hago o de lo que dejo de hacer.

Y, bueno, de mi trabajo también me gusta Esther.

Ella es, digámoslo así, la responsable indirecta de buena parte de lo que me ha sucedido hoy.

Y TÚ, ESTHER, ¿PODRÁS AYUDARME?

Capítulo 6

Harta de devanarme los sesos en la ducha cierro el grifo, me envuelvo con una toalla y me siento en la tapa bajada de la taza del váter.

Me concentro en las juntas de las baldosas del suelo mientras calculo las horas que han pasado desde que Esther me susurró esta mañana en el trabajo que necesitaba contarme algo y que quería que quedásemos en un bar para hablar.

Exactamente, han pasado 17 horas y 34 minutos.

No me ha dado explicaciones de lo que sucedía, pero sabía que estaba relacionado con su aventura amorosa con el director de su departamento.

Esther es la única amiga que tengo en el trabajo.

Bueno, Esther es la única amiga que tengo.

Brillante en su puesto de coordinadora de comunicación y relaciones públicas, es todo lo que a mí me gustaría ser: tiene estilo, es extrovertida, optimista, despreocupada, decidida, femenina y atractiva a rabiar.

En ella destellea la luz de quien consigue todo lo que quiere solo con decirlo en voz alta.

Por eso, cuando se ha acercado a mi puesto con enormes ojeras impresas en su piel siempre tan uniformemente morena no me he podido negar a su petición.

Así es Esther. Nunca te pregunta si puedes hacerle un favor o si estás ocupada para hablar con ella de sus problemas.

Da por hecho que si tienes algún plan, lo dejarás inmediatamente solo porque ella te necesita.

Como así ha sido.

Así que esta noche he estado, durante más de dos horas, haciendo equilibrios sentada en un taburete alto hasta la obscenidad en el gastrobar de moda de esta semana, escuchando los pormenores del monumental lío sentimental en el que se ha metido mi amiga.

He estado, durante más de dos horas, asintiendo, empatizando, haciendo preguntas escuetas y directas, bebiendo ginebra con tónica en copas talladas y asaltando a los camareros que se acercaban a nosotras con

bandejas de canapés.

El resultado: Esther totalmente borracha jurando que nunca más se volverá a liar con alguien del trabajo y yo medio borracha haciendo como que me lo creía.

Tras 120 minutos ejerciendo de comprensiva y atenta amiga, conseguí sacar a Esther del bar, meterla en un taxi y mandarla a casa a sufrir una bonita y escarmentadora resaca.

Más o menos como la que me esperaba a mí al día siguiente.

O eso creía yo.

Ya sola en la acera, pensé que para regresar a casa tenía dos opciones: coger otro taxi o ir dando un paseo.

Dudé unos instantes entre las dos alternativas, pero recuerdo el segundo exacto en el que decidí volver caminando a casa, aprovechando la buena temperatura nocturna.

Visualizo la secuencia precisa en la que me abroché la cazadora de cuero hasta arriba, abrí la aplicación del móvil que me llevaría a casa y comencé a andar mientras pensaba en todo lo que me había contado Esther.

Reconstruyo el momento concreto en el que comenzó esta pesadilla.

Capítulo 7

Empiezo a andar con el firme propósito de concentrarme en el camino que tengo por delante para evitar cualquier situación indeseada, pero pronto me despisto observando lo que me rodea.

La iluminación de la calle, ancha y señorial, es escasa y proviene únicamente de unas altas farolas de hierro negro que salpican la noche con una luz amarillenta desconcertantemente cálida.

No hay gente a mi alrededor y el único coche que pasa a mi lado, de motor eléctrico, color oscuro y con aspecto de ser muy caro, no consigue romper el silencio reinante.

Admiro los edificios que delimitan la avenida. Sus fachadas alternan diferentes estilos arquitectónicos otorgando un espíritu ecléctico al conjunto: algunas son estilizadas, elegantes, sobrias y algo altivas; otras son robustas, preciosistas y alegremente vanguardistas.

Escribo una nota mental para recordar que tengo que visitar este barrio a plena luz del día cuando algo tira de mí a la altura de mis costillas.

Tenso el cuerpo cuando unos brazos me rodean por detrás y un aliento denso y agrio se pega a mi oído izquierdo para decirme que si no quiero que me pase nada, más me vale quedarme callada y quietecita.

Sus manos ansiosas empiezan a toquetearme, buscan mis pechos a la vez que su entrepierna se pega bruscamente a mi culo, su respiración entrecortada mancha la piel de mi cuello.

Me arrastra con fuerza hacia una zona oscura de la calle, una especie de callejón estrecho entre dos portales. No tengo dudas de qué es lo que quiere de mí.

La impresión me paraliza unos segundos, durante los que decido si hacer caso o arriesgarme a gritar.

Sin embargo, mis piernas eligen por mí y con toda la fuerza de la que es capaz mi pie derecho, enfundado en una bota motera, se lanza hacia atrás y golpea con energía la espinilla de mi asaltante.

Aunque no es suficiente para conseguir que me suelte, afloja la presión lo justo para poder revolverme de cintura para arriba y alejarme unos centímetros de su cuerpo.

Durante esos instantes que consigo poner cierta distancia soy consciente

de que mi cerebro está sumido en una calma extraña.

No hay ruido mental, no hay mil millones de pensamientos rebotando contra las paredes de mi cráneo como pelotas de ping pong.

No siento presión en el pecho, mi corazón no está desbocado, mi respiración está completa.

Ni siquiera estoy mareada.

No tengo miedo.

Solo percibo un cosquilleo interno en mi cabeza que clasifica la situación de una manera limpia e instintiva, con mi mente desechando las emociones inservibles y centrándose en aquellas que aseguran mi supervivencia.

Me concentro en lo que debería hacer a continuación pero, de repente, una descarga eléctrica interna recorre mi cuerpo de arriba abajo.

Jadeo sorprendida por el intenso dolor contrayendo todos mis músculos, el aliento entrecortado, los ojos rebosantes de millones de pequeñas explosiones que volatilizan la oscuridad de la noche.

La corriente también atraviesa a mi agresor, que me suelta de golpe y me deja caer al suelo para tropezar y desplomarse a un par de metros de mí.

Desmadejada en la acera, cientos de minúsculas agujas agujonean cada centímetro de mi organismo, quemándolo, colapsándolo, convulsionándolo, ralentizando el ritmo de mi pulso, llenando mis oídos de un picante y molesto silbido.

Quiero levantarme, pero mi vida se derrite poco a poco en la acera sin que yo pueda hacer nada por evitarlo.

El pavimento enfría lentamente mi mejilla derecha, me hace consciente de la incómoda posición en la que hallan mis extremidades y del olor del asfalto.

Los límites de los objetos que me rodean se desdibujan y mi consciencia se funde a negro.

No sé cuánto tiempo permanezco hundida en la oscuridad, un segundo o un minuto, qué más da.

Solo sé que salgo a la superficie boqueando, mis pulmones buscando oxígeno desesperadamente, con un espasmo en el estómago que me obliga a abrir de golpe los ojos y a encogerme sobre mí misma en un

intento inútil para bloquear el dolor.

Cuando la contracción desaparece, levanto la cabeza del suelo y veo al tipo que me ha atacado sentado en el suelo frente a mí, sujetándose la cabeza con ambas manos y con pinta de estar algo aturdido.

Una rabia intensa y desconocida que no he sentido nunca se apodera de mí.

Una furia penetrante se adueña de cada rincón de mi cuerpo y rechino los dientes a la vez que un sonido gutural se modula en mi garganta.

El tipejo, un hombre alto y corpulento, con el pelo largo y lleno de grasa y vestido con ropa sucia y andrajosa, levanta la vista.

Sus ojos se abren como platos.

Su cuerpo se estremece y envía en mi dirección una onda de energía rebosante de miedo e incredulidad.

Se levanta con rapidez del suelo y se lanza a correr con zancadas vacilantes.

Espero unos segundos tumbada en el suelo, totalmente despierta, alerta, más viva que nunca y consciente de que si le doy un poco de ventaja el juego será más divertido.

Cuando le veo doblar una esquina, me pongo de pie de un salto y, sin esfuerzo, comienzo a perseguirle.

Capítulo 8

Me gustaría decir que lamento mucho lo que he hecho.

Me gustaría notar cómo me embarga el remordimiento de conciencia o cómo la culpa no me deja pensar.

Pero nada más lejos de mi realidad.

Ahora, mientras me enfundo unos pantalones vaqueros desgastados y una vieja, holgada y descolorida sudadera, me dejo absorber por la paz que me invade, feliz de no escuchar esa vocecita incansable que me ha acompañado toda la vida aguijoneándome cada vez que hacía algo que no entraba dentro de lo "correcto" o de "lo que se espera de mí".

Me pregunto si habrá enmudecido para siempre.

Espero que sí.

Tengo hambre. Tengo tanta hambre que voy a la cocina y abro el frigorífico para coger toda la comida que tengo.

Coloco todo en la mesa y me siento, calibrando qué es lo primero que caerá.

Como con un apetito que no he tenido nunca, intentando masticar todo lo que puedo antes de engullirlo.

Entre bocado y bocado me concentro en analizar cómo he corrido detrás de ese malnacido, en cómo le he alcanzado sin apenas esfuerzo.

Todo se proyecta en mi cabeza como si fuera una película, a tiempo real, a todo color y con todo lujo de detalles.

Los límites de mi cuerpo se han difuminado; ya no soy torpe, ni me tropiezo con mis propios pies. Vuelo, más que corro, hasta él.

Solo unos centímetros separan nuestros cuerpos.

Escucho de nuevo su respiración, frenética.

Huelo otra vez su miedo y su sorpresa.

Percibo su instinto de supervivencia calibrando las diferentes opciones que tiene para escapar.

No le doy tiempo a pensárselo mucho, por si acaso le da por hacer alguna tontería.

Un empujón ha sido suficiente para tirarle al suelo y para que su cabeza golpee violentamente contra el suelo.

La fuerza del golpe le pilla tan de sorpresa que ni siquiera le da tiempo a poner las manos para protegerse.

A su lado, me agacho para calibrar los daños que le he causado.

Su cara, vuelta hacia mí, me muestra sangre abundante y oscura saliendo de su nariz.

Veo sus dientes manchados de rojo cuando, con bastante esfuerzo, masculla un "Maldita zorra".

Contesto susurrando un escueto "Sí, lo soy" y, con curiosidad, poso mi dedo en el puente de su nariz para comprobar si está roto.

Entonces ha sido cuando lo he visto y sentido todo.

Toda una vida resumida en humillación, violencia y brutalidad. Propias y ajenas.

Siento su satisfacción al darle una paliza monumental a un chico menudo y retorcido con su propia muleta.

Experimento su deleite al observar el miedo en los ojos de su propio hijo, al que grita mientras le agarra de los brazos con demasiada fuerza, a sabiendas del dolor que le está provocando.

Percibo su excitación al violar salvajemente en un portal a esa mujer que regresaba a su casa después de un día duro de trabajo.

Esa misma excitación que anticipaba cuando me eligió para hacerme lo mismo.

Como fogonazos, desfilan ante mí todas las atrocidades que ha cometido, eslabones encadenados a una existencia mísera, innecesaria y prescindible.

Me incorporo lentamente, sintiendo el peso de mi propia altura, y decido que su vida debe terminar aquí y en este momento.

Mi primera patada expulsa el aire de sus pulmones y la segunda le astilla

un par de costillas.

Como no quiero alargar el proceso mucho, concentro toda mi fuerza en la siguiente, con tal impacto que provoca que su cuerpo se voltee.

Vuelvo a agacharme y hundo mi mano en su pelo mugriento para levantarlo.

Sus gruñidos de dolor se unen a un intento vano por zafarse de mí, pero el puñetazo que le lanzo al estómago le disuade lo suficiente para dejar que me sitúe.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que la calle donde estamos es lúgubre y pobre; las fachadas ya no son lujosas y altivas, estas son bajas y soportan la pátina de la miseria alternando desconchones grises con grafitis estridentes.

Me sorprende la rapidez con la que se pasa de la abundancia a la miseria en esta ciudad, la convivencia íntima y cercana con la que se tratan las dos caras de una misma moneda.

A unos cien metros descubro un hueco de varios metros de ancho entre las fachadas; es probable que allí antes hubiese un edificio, pero ahora solo queda un vacío lleno de escombros y basura al que apenas llega la luz de las farolas.

Arrastro a mi dolorido acompañante, al que no me queda más remedio que golpear un par de veces en la garganta para que no grite.

Noto cómo sus esfuerzos se redoblan cuando advierte hacia donde vamos; según nos acercamos reconozco este lugar entre las imágenes que me han llegado de su vida a través del tacto: aquí abusó hace un tiempo de una mujer, casi más bien una niña, y la abandonó inconsciente y malherida.

Sonrío captando la ironía del Universo y le agradezco la oportunidad que me brinda.

La ausencia entre los dos edificios se desvela como un descampado largo, oscuro y lleno de cascotes y desechos que emanan un intenso y acre olor a mierda.

Trastabillamos evitando puertas de coche oxidadas y carritos de la compra roñosos tirados de cualquier manera y nos apartamos del camino de las ratas, que huyen en todas direcciones emitiendo pequeños chillidos y golpeando con sus pequeñas patitas la porquería que habita el suelo.

Tras unos minutos de caminar entre la suciedad, le suelto del pelo y le golpeo en el pecho para estamparle contra la pared alta y sin ventanas que hay al final del descampado.

La misma contra la que la niña de la que abusó se desangraba cuando él se marchó abrochándose la bragueta sin mirar atrás.

Me acerco y le tapo la boca con la mano izquierda.

La adrenalina cruza mi cuerpo con impulsos eléctricos, mis músculos y mi mente bailan al unísono.

Todo mi organismo está exultante de energía, expectante ante lo que va a pasar a continuación.

Me siento tan viva.

Todo lo que he hecho, todo lo que he sentido hasta ahora me ha llevado hasta este momento y hasta este lugar.

Mi mano derecha, rápida y sin vacilar, se hunde en su piel, desgarrando la carne, rompiendo su esternón, escarbando en sus entrañas hasta que ha encontrado su corazón, caliente, resbaladizo y bombeante.

El dolor de sus gritos intenta atravesar mi mano, pero se extinguen muy rápido; dudo mucho que alguien haya escuchado nada.

Y algo me dice que si alguien ha visto algo, sabrá mantener la boca cerrada.

En este tipo de barrios estas cosas son así.

Un tirón rápido y fuerte y el corazón se separa del cuerpo que lo ha protegido hasta ahora.

Separo mi mano de su boca y su cuerpo se desploma; ahí tirado parece un títere al que le han cortado las cuerdas.

Lanzo el corazón hacia el lugar donde momentos antes las ratas pululaban buscando comida; esta noche la cena es gourmet.

Me subo la cremallera de la cazadora hasta el cuello y salgo del descampado sin mirar atrás.

Salgo de mi recuerdo de golpe; capto dos presencias desconocidas cerca de mí: dos personas acaban de entrar en el portal de mi casa y esperan el

ascensor para subir hasta aquí.

Compruebo de forma inconsciente si tengo posibilidades de escapar aunque sé que no hace falta porque, aunque no las conozco, percibo que no quieren hacerme daño.

Aguardo hasta que salen del ascensor para acercarme a la puerta.

Abro sin esperar a que llamen y me encuentro con dos hombres de mediana edad, vestidos de forma discreta, anodina, perfecta para no llamar la atención.

El más bajo, un poco más adelantado que su compañero, me ofrece su mano derecha en forma de saludo.

Acepto su gesto sin dudar y, en cuanto le toco, todas las respuestas que necesito acuden a mí.

La ayuda que necesito ya está aquí.

Capítulo 9

-Epílogo-

Cuando el agente Torres paró el coche, en la acera ya le esperaba su compañero, un hombre moreno, alto, enjuto y con cara de estar recién despertado.

-Reyes – saludó. Por toda respuesta recibió un gruñido y un asentimiento de cabeza – Tiene mala cara. ¿Qué tal le está sentando ser padre primerizo?.

-Mal, el crío tiene cólicos y no hace más que llorar. Es realmente agotador y tampoco es que el hecho de que me reclamen en el trabajo un viernes de madrugada sea lo mejor que me puede pasar. Mi esposa se ha puesto como una loca cuando le he dicho que tenía que irme a trabajar y poco le ha faltado para decirme que si salía por la puerta me pedía el divorcio. Dígame jefe – Reyes hizo una pausa para bostezar sonoramente - ¿a qué vienen tantas prisas?.

-Ha habido una activación imprevista, de ahí vienen las prisas - contestó el agente Torres.

-¿Una activación? – Reyes despertó de pronto, sus ojos hundidos por el cansancio ahora abiertos totalmente por la sorpresa - ¿Y por qué nos llaman a nosotros para llevar eso?.

-No lo sé – Torres se encogió de hombros - En cuanto he recibido el aviso le he llamado y estaba esperando a que estuviera usted para hablar con la central.

Los tonos de llamada inundaron el oscuro habitáculo del coche cuando Torres manipuló la pantalla táctil del salpicadero de su coche. Tras dos pitidos, una voz femenina saludó.

-Buenas noches caballeros – los dos hombres devolvieron el saludo al unísono, tras lo cual la mujer prosiguió – les hemos llamado porque hace cuarenta minutos se ha producido la activación no programada de un ejemplar. Hemos enviado a sus dispositivos móviles toda la información que necesitan, así como las coordenadas de su localización. Torres, introdúzcalas en el sistema de navegación y diríjense allí inmediatamente. Reyes, revise la documentación y pregúnteme lo que necesite, estoy segura de que al leer el informe le surgirán dudas.

Los dos agentes acataron las órdenes al momento. El sistema de navegación del coche indicó a Torres que su objetivo se encontraba a dos horas y cinco minutos de distancia de donde se encontraban; sin embargo, por el tono de voz de su jefa, tajante e impaciente, intuía que si reducía ese tiempo de manera considerable no habría ninguna reprimenda por posibles futuras multas por exceso de velocidad. Pisó el pedal del acelerador un poco más.

Tras unos minutos leyendo, Reyes rompió el silencio.

-Perdone, jefa, aquí dice que el ejemplar pertenece al proyecto Melancolía- dijo extrañado - tenía entendido que ese proyecto fue cancelado hace años.

-Efectivamente, lo fue. Hubo tantos problemas con ese proyecto que se retiraron los fondos y todos los efectivos fueron reasignados - a Torres le llamó la atención que no dijera nada sobre el destino de los ejemplares de Melancolía, pero llevaba tanto tiempo en la agencia que sabía que, si nadie lo mencionaba, era mejor no preguntar - Aunque no es de su incumbencia - la mujer prosiguió - les diré que aquello fue un auténtico desastre: al poco tiempo de iniciarse el proyecto se convirtió en el chiringuito del doctor que lo dirigía, nadie controlaba el dinero que se invertía, el personal entraba y salía sin ningún tipo de seguridad y estaba tan poco cualificado para el trabajo que la mayoría de los ejemplares morían antes de la activación y los que sobrevivían tenían una puntuación tan baja cuando se activaban que se desechaban casi automáticamente - ahí tenía Torres su respuesta.

-¿Y qué puntuación tiene este ejemplar? Porque imagino que nuestro trabajo dependerá de si es válido o no - preguntó Reyes - No lo veo especificado en la documentación que nos ha enviado.

-No está en la documentación porque no queremos que ese dato trascienda al equipo de rastreo. Al menos, no de momento. Pero, respondiendo a su pregunta, su sistema nos señala que ella tiene una puntuación de 98 sobre 100 - contestó la mujer tras una breve pausa.

Los dos agentes se miraron sorprendidos.

-¿Ella? ¿98 sobre 100? - ahora era Torres quien preguntaba, con la voz entrecortada por la emoción - eso significa que es un ejemplar casi perfecto. Nunca antes habíamos contactado con uno así, ni siquiera los del proyecto Tiempo consiguieron una puntuación tan alta.

Torres hizo memoria y, si no recordaba mal, el ejemplar de Tiempo con la puntuación más alta de la que tenía conocimiento fue el 94 sobre 100 de un chaval de 13 años que apareció en una aldea perdida en el norte del

país.

-Así es, parece ser que nos encontramos ante un ejemplar hembra único. No solo porque pertenece a un proyecto que fracasó de manera estrepitosa, sino porque su puntuación es prácticamente perfecta. Es más, si no le damos el máximo es porque su activación se ha dado con la edad máxima para un entrenamiento óptimo más que pasada, aunque la forma en la que ha despertado nos indica que, a lo mejor, eso no es algo de lo que tengamos que preocuparnos. Por lo que parece, puede que solo haya que pulirla, porque las aptitudes las tiene.

-¿A qué se refiere jefa? – preguntó Torres mirando de soslayo a Reyes. Algo en el tono de voz de su superior le indicaba que la activación no había sido muy pacífica.

-Según nuestros registros – comenzó a decir la mujer mientras se escuchaba el sonido de unos papeles moviéndose – la activación ha tenido lugar a las 23:17 horas de esta noche. Como bien saben, en el momento del despertar el chip que los ejemplares tienen instalado en la base de su cráneo se activa registrando su actividad cerebral, sus constantes vitales y su localización. En ese momento, el agente asignado a la ciudad de residencia del ejemplar, que afortunadamente estaba de guardia, ha recibido el aviso en su dispositivo y se ha dirigido hacia allí. Desde el momento del aviso hasta que ha dado con ella han pasado ocho minutos, tiempo que ha invertido en matar a un hombre, un delincuente de poca monta fichado por robo, violencia doméstica y trapicheos con drogas. Creemos que la agredió, o por lo menos lo intentó, y ese fue el momento en el que la activación tuvo lugar.

-¿Por qué no contactó el agente con el ejemplar cuando la localizó? – preguntó Torres.

-El agente de guardia detectó niveles inusualmente altos de actividad cerebral, aún siendo un sujeto modificado. Ya saben que cuando se da esa circunstancia los agentes avisan de inmediato a la central porque eso es indicativo de que el ejemplar está cometiendo, muy probablemente, un acto de violencia extrema. Además, este agente no está entrenado para este tipo de activación en particular, así que se ha limitado a seguir los protocolos establecidos. Según ha informado, la ha visto salir de un descampado situado en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Ha mantenido la distancia de seguridad reglamentaria para evitar que el ejemplar le localice pero, aún así, cree haberla visto salir manchada de sangre. El equipo de limpieza que se ha trasladado allí ya nos ha enviado un informe preliminar.

Torres recordó sus primeros años en la agencia, cuando los rumores acerca de Melancolíacirculaban sin pausa por los mentideros de los pasillos. Uno de los más insistentes, aunque nunca confirmado, era que

los ejemplares de ese proyecto estaban programados para activarse en caso de ser atacados. Lo que en principio parecía un mecanismo perfecto de defensa ante los sujetos modificados del enemigo, se convirtió en un arma mortal cuando los pocos "despertares" que se realizaron se descontrolaron y murió gente ajena al proyecto. Por lo visto, a nadie se le ocurrió pensar que el despertar violento de un sujeto sin entrenamiento previo podría ser una mala idea.

-¿Y qué es exactamente lo que han encontrado los del departamento de limpieza, jefa? – preguntó Torres mientras conducía por la autopista que les llevaría a su destino.

-El cadáver de un hombre con un agujero donde debería estar el corazón. El ejemplar se lo ha arrancado con sus propias manos, a juzgar por las primeras investigaciones del equipo de limpieza, que ya está borrando cualquier rastro de lo sucedido. Aún siguen buscando el corazón, no sabemos si se lo ha llevado o lo ha tirado por ahí. Ha sido un ataque tan limpio y preciso que nos hace pensar que, aunque no tenga entrenamiento previo, tiene muchas posibilidades.

Reyes y Torres comprendieron entonces la gravedad de su misión. Si un ejemplar recién despertado era capaz de algo así, era muy probable que tuvieran que anularla si no querían ser sus próximas víctimas.

-¿Cuáles son las órdenes jefa?.

-Traerla viva a toda costa y cueste lo que cueste. - Y, seguidamente, colgó, sin dar más explicaciones.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Llevaban el tiempo suficiente en ese tipo de misiones para saber los riesgos que conllevaba una activación así. Normalmente los despertares se daban en entornos controlados, con supervisión y orientación especializada para que los ejemplares no se traumatizaran al conocer su verdadero potencial, para que llevaran una vida lo más normal posible, una vida que les permitiera introducirse con éxito en las misiones para las que estaban diseñados. Torres conocía casos de compañeros que habían muerto a manos de sujetos activados por un acto de violencia, pero hacía tantos años que eso no sucedía que confiaba en no tener que enfrentarse nunca a una situación así. Tenía muchas preguntas sin respuesta acerca de este caso y alguien tendría que responderlas antes o después.

Cuando llegaron a su destino Reyes y Torres no se bajaron inmediatamente del coche, que aparcaron justo enfrente del edificio donde vivía el ejemplar. Fue Torres el que habló primero.

-Yo seré quien realice el primer contacto. No, no me discuta Reyes – dijo cuando advirtió el gesto de protesta en la cara de su compañero – soy su superior, soy el más veterano y es mi responsabilidad que esto salga bien. En cuanto nos acerquemos lo suficiente, entraremos en el radio de percepción del ejemplar, se pondrá en alerta y no sabemos qué nos vamos a encontrar. Tome las llaves del coche, no lo cierre – dijo mientras se las ponía en la mano – y si ve que la cosa se descontrola corra lo más rápido que pueda, métase en el coche y váyase. Las preguntas ya las hará después. ¿Entendido? – Torres salió del automóvil sin esperar contestación.

Reyes salió del coche y se persignó mientras se situaba a la altura de Torres. Su compañero empujó la puerta de hierro por la que se accedía al edificio, que cedió con un leve chirrido. Ya en el portal, esperaron a que bajase el ascensor sin mediar palabra. Reyes se colocó bien la pistola y rozó levemente el seguro con los dedos, asegurándose de que todo estuviera listo por si había algún contratiempo.

Salieron del ascensor y cuando Torres se disponía a pulsar el timbre la puerta se abrió. Ante ellos se encontraba el ejemplar más magnífico que habían visto nunca. Reyes contuvo la respiración, impresionado. Torres, más acostumbrado que Reyes a tratar con ejemplares recién despertados, no pudo evitar compararla con la imagen de un coche sin estrenar recién sacado del concesionario. Era, sin duda, un ejemplar de gran cilindrada, nuevo y reluciente. Si por él fuera, le hubiese dado la puntuación máxima allí mismo.

Torres se fijó en la curiosidad que asomaba a los asombrosos ojos del ejemplar, que les miraba, con la cabeza levemente ladeada, analizando la información que percibía, la que le indicaba si eran amigos o enemigos. Recordó que otro de los rumores que había escuchado sobre los ejemplares de Melancolía era que tenían “ciertos poderes mentales”, una suerte de psicometría que les permitían leer a las personas y a los objetos a través del tacto.

Para dejar claras sus intenciones, y a sabiendas de que con ese gesto se descubriría si el rumor era cierto, alargó la mano derecha a modo de saludo. Sin vacilar, ella extendió su mano izquierda. El contacto provocó un cosquilleo en el cerebro de Torres, que le indicó que ella estaba recibiendo toda la información que Torres quería que supiera.

El ejemplar sonrió, rompió el contacto y se apartó de la entrada para dejarlos pasar. Los dos hombres, visiblemente aliviados, accedieron al piso y la puerta se cerró casi sin hacer ruido.